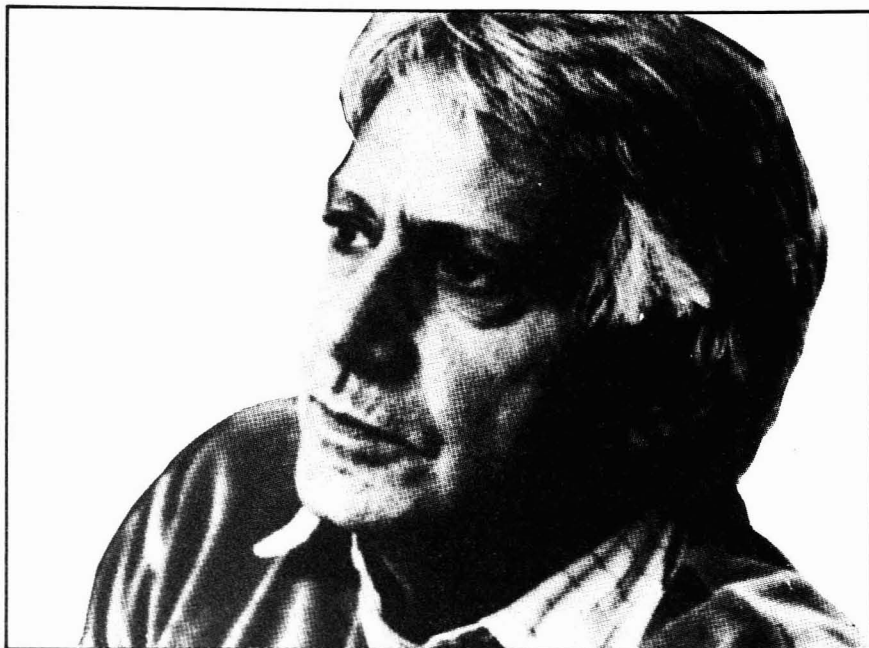


## LA LUCHA CONTRA EL OLVIDO

Dentro de la novelística española de la posguerra, Jorge Semprún ocupa un lugar muy especial. Ningún novelista español se ha preocupado tanto como él por los grandes dilemas ideológicos característicos del siglo XX, y ciertamente ninguno los ha abordado en sus obras con tanta obsesión, con tanto conocimiento de causa. Para entender esta diferencia basta revisar brevemente su biografía. Nacido en Madrid en 1923, Semprún tenía catorce años cuando sus padres, en plena Guerra Civil, decidieron abandonar el país e ir a vivir a París. Durante la Segunda Guerra Mundial ingresó en el Partido Comunista y, en 1943, por su participación en la Resistencia, fue detenido por la Gestapo y deportado a Buchenwald. Durante los largos años del franquismo, desarrolló una intensa actividad política, llegando incluso a ser miembro del buró político del Partido Comunista Español. En 1964 fue expulsado del Partido y desde entonces se ha dedicado a la literatura y al cine. Pocas personas pueden contar con un currículum tan "excepcional"; de hecho, dicha trayectoria es tan insólita que resulta difícil de comprender incluso para el propio Semprún. Así, como novelista y como escritor de cine, lo que éste se propone es explorar el laberinto en que se ha convertido no sólo su propia vida, sino también la historia contemporánea en general y de ahí surge el carácter marcadamente autobiográfico de casi todo cuanto escribe.

*Aquel domingo*, su última novela, no es ninguna excepción en este sentido. Por cierto comentario que hace el narrador, parece que el propósito inicial del autor (suponiendo que éste coincide con el narrador) fue simplemente el de evocar un domingo cualquiera de los muchos que había pasado en Buchenwald: "El despertar, el trabajo, la sopa de fideos del domingo, la tarde del domingo, con unas cuantas horas por delante, las conversaciones con los compañeros" (p. 105). Si éste era el propósito original, el resultado final fue algo mucho más complejo. Y esto por dos razones: primero, porque Semprún no



Jorge Semprún

se limita a contar sus experiencias en Buchenwald, sino que, mediante una serie de saltos en el tiempo, tanto hacia adelante como hacia atrás, evoca otros momentos en su vida que de alguna manera se asocian con "aquel domingo"; y, en segundo lugar, porque no se trata de una simple evocación, como las palabras antes citadas parecerían indicar. Al contrario, con base en una recreación de su experiencia, Semprún aborda lo que es para él el tema más angustiante de nuestros días: la represión a la que están sometidos los pueblos de muchos países socialistas, represión sólo comparable, por su eficiencia y brutalidad, con la barbarie cometida por los nazis en Buchenwald y en otros campos de concentración alemanes. Es este tema lo que, en un primer nivel, impulsa a la novela, dándole su cohesión y unidad.

En Buchenwald, recuerda Semprún, "nos hundimos en los desiertos de sal del tiempo inmóvil y del hambre perpetua" (p. 345). La novela proporciona suficientes datos para que la realidad de esa existencia angustiada se comunique directamente al lector; pero no se demora más de lo necesario en estos detalles. También deja ver la brutalidad a que tan cínica y arbitrariamente los sometían, día tras día, los nazis. Y, por supuesto, el autor nunca nos deja olvidar el olor "dulzonamente nauseabundo" del humo que salía de la chimenea

del crematorio. La vida del campo es presentada en toda su cruda y cruel realidad; pero, a pesar de esto, la mirada del autor está en otro lado. A fin de cuentas, lo que se presenta no es tanto la experiencia del joven de veinte años como la interpretación que de esa experiencia da ahora el hombre maduro.

En este sentido, lo que le importa a Semprún establecer son las semejanzas entre la estructura "política" que caracteriza la "administración" de Buchenwald y la organización sociopolítica de la Unión Soviética. Analiza con bastante detalle la forma en que los comunistas participan en la administración del campo. Con el supuesto propósito de asegurar la continuidad de una fuerza de resistencia clandestina, éstos se encargan de muchas de las tareas administrativas del SS, sobre todo en lo que respecta al trabajo de mantener los archivos del campo. Participan así, aunque sea mínimamente, en el poder: directa o indirectamente deciden sobre la vida de miles de presos. Ante esta situación, los presos comunes no tienen ni voz ni voto. Pero, según Semprún, no había nada nuevo en todo esto para los presos rusos. Al contrario, dice, "los rusos estaban a sus anchas en el universo de Buchenwald porque la sociedad de la que provenían los había preparado perfectamente para ello. Los había preparado por su arbitrariedad, por su despotismo, por la rígida jerarquización de

▲ Jorge Semprún: *Aquel domingo*. Planeta, Barcelona, 1981, pp. 375. Traducido del francés por Javier Albiñana.

los privilegios, por el hábito de vivir al margen de las leyes, por el hábito de la injusticia. En Buchenwald los rusos no estaban en un planeta extraño: estaban como en su casa" (p. 363).

Rechazando la idea bastante extendida de que existía cierta semejanza con la estratificación característica de la sociedad capitalista, Semprún insiste en ver en la estructura social del campo de concentración una estructura burocrática mucho más cercana a la de la sociedad soviética. Así, en el texto los dos mundos empiezan a fundirse; sobre la imagen de Buchenwald empieza a echar su sombra el Gulag estalinista: el Gulag denunciado por Solzenitsin y por Shalamov. De los *Relatos de Kolyma* de este último, Semprún recuerda en particular una imagen del terrible exterminio llevado a cabo en Siberia: "la imagen de aquellos miles de cadáveres desnudos, intactos, prendidos en el hielo de la eternidad, en los osorios del Gran Norte" (p. 143). Para Semprún esta fue probablemente la suerte de muchos de los rusos que lograron sobrevivir a Buchenwald y a los demás campos de Hitler: "habían luchado y sufrido fuera del alcance de la mano paternal del poder soviético durante demasiado tiempo para ser recuperables" (p. 70).

Desde luego, Semprún no siempre había pensado así, ni se había expresado tan tajantemente. La reforma política que había introducido Jruschov después de la muerte de Stalin le había dado la esperanza de que se pudiera reformar el sistema. Y todavía en 1964 creía en la posibilidad de una revolución mundial. Pero los efectos de las reformas que introdujo Jruschov resultaron mucho más reducidos de lo que Semprún había esperado: la nueva racionalidad, recuerda el autor, "ya no sería la racionalidad aberrante, imprevisible del poder absoluto y personal de Stalin, sino la de los intereses generales de su clase" (p. 313). Por otra parte, y sobre todo después de leer *Un día en la vida de Iván Denisóvich*, Semprún empezó a ver que "el estalinismo, aun desempolvado, aún superficialmente desestalinizado, conllevaba la imposibilidad de una revolución a escala mundial" (p. 368). Es decir, la crítica al estalinismo va acompañada por una crítica a la doctrina marxista en que aquél se sustenta.

Los recuerdos siguen confundiendo-

se. Al pasar de Stalin a Marx, el escenario cambia de Moscú a Londres y, más concretamente, a Dean Street. Ahí, en 1969, camino a las oficinas de un productor de cine, Semprún había encontrado una placa que recordaba que en el número 28 de esa calle había vivido Marx de 1850 a 1856; y que allí había escrito *El dieciocho de Brumario de Luis Bonaparte*. Con base en este texto, y estimulado por ese "encuentro" casual, Semprún señala lo que ahora son para él los errores de la doctrina de Marx. Son básicamente dos: primero, la idea de que la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado. Se trata de una hipótesis o deseo, dice, que nunca ha sido comprobada ni llevada a cabo por la historia real. Tampoco le convence, por otra parte, la idea de que la dictadura del proletariado constituya una simple transición hacia la sociedad sin clases. Para Semprún se trata otra vez de un simple postulado. La historia real —dice— ha demostrado todo lo contrario: "Ha mostrado el continuo e implacable fortalecimiento del Estado, la brutal exasperación de la lucha de clases, que no sólo no han sido suprimidas, sino que, por el contrario, se han cristalizado aún más en su polarización" (pp. 147-8). Es decir; estas ideas se reducen a un caso de *wishful thinking*; pero no son ideas sin importancia: son fundamentales en la doctrina marxista y, como tales, en última instancia, constituyen la "justificación" del Terror estalinista. "En nombre de esa misión histórica del proletariado —concluye Semprún, hablando de los incondicionales del Partido— aplastaron, deportaron, dispersaron mediante el trabajo, libre o forzado, pero siempre correctivo, a millones de proletarios" (p. 149).

La crítica de Semprún se dirige no sólo al sistema en sí, sino también a los que lo defienden pase lo que pase. "Su autojustificación —dice— es la fidelidad a la causa (de la clase obrera, del pueblo, de los humillados y ofendidos) cuando tan sólo son fieles a los sucesivos déspotas y a su propia ausencia de fidelidad a lo esencial" (p. 64). Si critica tan amargamente a los incondicionales seguramente es porque durante años él fue uno de ellos. Durante los procesos de Praga, por ejemplo, él vio a un excompañero de Buchenwald acusarse de crímenes que él (Semprún) sabía

que el otro no había cometido; sin embargo, prefería seguir aceptando la versión que daba el Partido:

Decíamos que era preferible equivocarse con el Partido que tener razón fuera de él o en su contra. Porque el Partido encarnaba la realidad global, la razón histórica. Un error del Partido tan sólo podía ser parcial o pasajero. El mismo curso de la historia lo rectificaría. Una verdad contra el Partido no podía ser, a su vez, sino parcial y pasajera. Luego estéril, nefasta (p. 74).

Se ve que el conflicto se plantea en el nivel moral. Para los marxistas, el fin justifica los medios; o, para decirlo en palabras de García, uno de los personajes de *La esperanza* de Malraux: "Hay guerras justas, no hay ejércitos inocentes". Profundizando en su análisis de la problemática marxista, en uno de sus múltiples saltos en el tiempo Semprún evoca una discusión en 1948 en el bar Mephisto del Bulevar Saint-Germain, en la que este famoso dicho de Malraux era precisamente el tema de conversación. El consenso general entre los intelectuales de izquierda ahí reunidos era que expresaba una verdad innegable: que a veces era necesario ir en contra de la moral para conseguir fines justos. Entonces la voz del autor maduro interviene, advirtiendo la necesidad de fundar la política en la moral. Para que esto se lleve a cabo, dice, "no sólo se requiere que (la estrategia) sea justa en su principio, sino que los hombres que la ponen en práctica sean a su vez justos, que no se dejen corromper por el poder que han conquistado para desplegar esa estrategia y por haberla desplegado. Porque el poder es como la bola de nieve, ya se sabe" (p. 219).

Esto le lleva inexorablemente a la pregunta fundamental: ¿en qué consiste la justicia? Curiosamente, esta pregunta encuentra cierta respuesta tentativa en las palabras que aparecen escritas en letras de hierro forjado en la verja de entrada de Buchenwald: "Jedem das seine" ("A cada cual lo suyo"). Es, por lo menos, la conclusión a la que llega Léon Blum, expresidente de Francia que, por una extraña casualidad, se encuentra encarcelado en un edificio al lado del campo nazi en el que está internado Semprún. Según algunos

apuntes suyos de entonces (recogidos o inventados por Semprún: no se sabe), para Blum la igualdad no debe tomarse como una identidad aritmética, porque esto anula la diversidad de los individuos; siguiendo a Platón, mantiene que la justicia consiste en "mantener la proporción entre la naturaleza y la sociedad y, por consiguiente, en no tolerar en la sociedad más desigualdades que las que sean expresión de las desigualdades naturales" (p. 284). Es decir: a cada cual lo suyo. Ante esta definición, Semprún imagina la respuesta de un marxista ortodoxo: "hay un montón de desigualdades que pasan por ser naturales y cuyo origen, sin embargo, es social (...). Y, además, ¿quién establecería la proporción de desigualdades naturales que hay que mantener en la sociedad? ¿Y según qué criterios? ¿Quién ostentará el poder de control?" (p. 293). Semprún evidentemente no tiene las respuestas. Y, de hecho, más que defender tal o cual concepto de la justicia, aquí parece simplemente querer señalar lo difícil que es este problema.

Sus dudas en cuanto a la verdadera naturaleza de la justicia reafirman el recelo que el autor maduro siente ante el poder. En estas circunstancias ¿qué puede o debe ser el papel del intelectual? Para discutir este tema, Semprún acude esta vez no a sus recuerdos, sino a su fantasía. Resulta que el campo de Buchenwald ha sido construido en un bosque por donde, a principios del siglo XIX, solía pasear Goethe. Esto lleva a Semprún a imaginar unas *Nuevas conversaciones de Goethe con Eckermann* (título, por cierto, de un libro juvenil del mismo León Blum). En estas conversaciones, que versan principalmente sobre el intelectual y su relación con el poder, Goethe parece ser el portavoz de las ideas de Semprún. Los intelectuales —dice Goethe— pueden asesorar a quienes detentan el poder, siempre y cuando se mantengan al margen de dicho poder; pero si aceptan el ejercicio directo del poder, el fracaso será inevitable:

o bien tratan de organizar las contradicciones de la realidad social en función de su visión intelectual, por esencia evolutiva y comprensiva, y fracasan: el poder de la realidad y la realidad del poder los desgasta, los rechaza y los condena. O bien, por el contrario, se doblan a las contra-

dicciones de la realidad, a las exigencias tácticas del presente, las glorifican, las divinizan atribuyéndoles las carismáticas denominaciones de la Virtud, la Utopía, o de las fuerzas motrices de la Historia, como usted quiera, y entonces los intelectuales pasan a ser los teóricos del despotismo, de la arbitrariedad absoluta, que acaba devorándolos a ellos mismos (pp. 277-8).

Hasta aquí, entonces, *Aquel domingo* constituye algo así como una *apología pro vita sua* en donde el autor explica y defiende su nuevo camino en la vida, su alejamiento del campo del poder. Muchos encontrarán demasiado absoluto su rechazo al marxismo. A través de su portavoz Goethe, el mismo Semprún señala que el comunismo ha contribuido, cuando menos, a afirmar movimientos de liberación nacionalistas; movimientos que actualmente tienen una enorme importancia en toda América Latina. ¿No sería motivo para rebajar un poco el tono? Otros, en cambio, le van a querer recordar la miseria a la que el imperialismo norteamericano reduce a millones de personas en diferentes partes del mundo. ¿Por qué no hablar de este holocausto en lugar de denunciar una vez más a los Gulags? Pero el hecho es que los Gulags existen y, si se quiere que desaparezcan, hay que empezar por reflexionar seriamente sobre el tipo de crítica que hace Semprún en su libro.

Sea como sea, *Aquel domingo* es evidentemente algo más que una mera discusión de ideas políticas y filosóficas. Ciertamente, para afirmar su nueva postura, Semprún no tenía necesidad de escribir una novela; un libro de ensayos o de memorias hubiera bastado. Y el hecho es que, a la vez que discute sobre el marxismo, Semprún analiza ciertas cuestiones relacionadas con el problema de la identidad. Si lo que escribe es una novela es porque, a fin de cuentas, le resulta imposible escribir una autobiografía; para poder hacerlo tendría que estar más seguro de quién es. Durante largos años adoptaba diferentes nombres para encubrir su verdadera identidad como dirigente del PCE; pero después de abandonar al Partido ¿quién era? ¿Quién es? Al recorrer el pasado, lo único que ve es una larga lista de identidades falsas. Y con éstas tiene que reconstruir una vida.

Como Proust, entonces, Semprún se lanza en busca del tiempo perdido, esperando encontrar en los recuerdos algo que relacione entre sí los diferentes puntos en el tiempo y en el espacio. Irónicamente, el único elemento que parece unificar sus recuerdos es su experiencia en Buchenwald. Digo irónicamente porque el recuerdo de su estancia en el campo pesa tanto sobre la evocación de las diferentes experiencias posteriores que llega a enajenar a Semprún de su propia realidad. En lugar de vivir está recordando; y un recuerdo, muchas veces, es simplemente el recuerdo de un recuerdo. El mismo Semprún es muy consciente del problema. "Quizá no soy más que el sueño que hizo en Buchenwald —comenta en algún momento— un joven muerto de veinte años, a quien llamaban Gérard y que se desvaneció en humo en la colina de Ettersberg" (pp. 93-4).

En este proceso de enajenación, la literatura viene a jugar un papel decisivo. Leyendo las obras de Soljenitsin y de otros disidentes rusos, Semprún encuentra fielmente reflejada la experiencia más determinante en su propia formación. Y, de hecho, la identificación es tan profunda que Semprún se siente verdaderamente "poseído" por la figura del otro. De su lectura de *Un día en la vida de Iván Denisóvich*, por ejemplo, escribe: "iba a abandonar mi ser, aún irreal, para empezar a habitar, o ser habitado, más bien, por otra vida, dotado de otra memoria: la de Iván Denisóvich, al principio, y, con el correr de los años, merced a las lecturas, la de todos los zeks de los campos del Gulag..." (p. 133).

Así vemos, finalmente, cómo esta temática sobre la identidad del autor se relaciona con la crítica que hace al marxismo. Lo que le interesa a Semprún, a fin de cuentas, no son los detalles de su vida individual, sino la verdad o el significado que esta vida puede encarnar. Al recordarse, Semprún va inventándose; porque, como él mismo reconoce, "no se llega nunca a la verdad sin un poco de invención" (p. 345). El autor se va creando una identidad propia. Pero este proceso de rememorización tiene a la vez aspectos que rebasan lo meramente individual: no puede disociar su identidad del aspecto político que le preocupa. Si el autor tiene un problema de identidad es porque, como él mismo señala, "son las minorías dominantes..."

quienes cuentan la historia. Y quienes la reescriben, si así es menester, si la necesidad así lo requiere, y la necesidad, desde su punto de vista dominante, lo requiere a menudo (p. 60). Entonces, recordar la verdad implica mucho más que la recuperación o invención de la identidad "Semprún": implica una lucha permanente en contra de los que detentan el poder, en contra de "la amnesia organizada y convertida en institución de Estado" (p. 192). O, como dijo Milan Kundera con palabras que Semprún coloca como epígrafe a su libro: "la lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido".

*Aquel domingo* probablemente no es la mejor obra de Semprún (aunque está tan mal traducida que resulta difícil saber si hay que atribuir sus defectos a Semprún o a su traductor). Lo que el autor se propone es muy ambicioso y a veces el texto da la impresión de que Semprún no ha sabido organizar todo el material que maneja. La novela así resulta, además de muy larga, muy dispersa. Es posible que esta dispersión sea consciente, que sólo una estructura tan suelta —hecha de repeticiones y de saltos bruscos en el tiempo— pueda reflejar el caos que es su vida. "Mi vida —dice en algún momento— siempre está deshecha, perpetuamente deshaciéndose, difuminándose, desvaneciéndose en humo. Es una serie azarosa de inmovilidades, de instantáneas, una sucesión discontinua de momentos fugaces, de imágenes que centellean pasajeramente en una noche infinita" (p. 315). Así es, también, la novela. O así sería, si el autor no cargara tanto la mano al hacer su crítica a la política marxista; porque entonces, aunque los debates forman una parte esencial de la obra, las imágenes se apagan y la novela empieza a cojear. Por otra parte, se ve que Semprún tiene poca capacidad para crear personajes; líneas arriba comparé su novela con la de Proust; pero, claro, no tiene, ni mucho menos, la profunda penetración psicológica del novelista francés. En *Aquel domingo*, con la excepción del protagonista Semprún, los personajes son apenas esbozados; nunca entramos en su intimidad. En lo que el autor se destaca, en cambio, es en la percepción del espacio, en la recreación de los lugares en que se desarrollan las diferentes escenas (ca-

pacidad que refleja, seguramente, su experiencia como guionista de cine). En este sentido, la primera evocación que hace del campo de Buchenwald es particularmente memorable.

Pero quizá no hago justicia a Semprún insistiendo tanto en cuestiones formales. Si la obra resulta ser una novela es porque su autor no encuentra otra forma en que expresarse y no porque la forma novelística en sí le interese especialmente. En alguna parte de su libro Semprún se enoja con los críticos literarios que atacan a Soljenitsin por su estilo. "Si *El archipiélago Gulag* no está bien escrito...", dice, "al menos está bien pensado" (p. 357). Y, seguramente, Semprún quería que el lector, al enjuiciar su obra, se fijara más en las ideas que en la forma de decirlas. De todos modos, si *Aquel domingo* no recibe reconocimiento, será más por su contenido ideológico que por ciertos defectos en su construcción. Porque, como dice Franco Fortini en un pasaje de su libro *Del disprezzo per Solgenitsin*, también citado por Semprún: "Por temor a mezclarnos con los enemigos del comunismo, continuamos, desde hace ya demasiados años, *sin redefinir el comunismo, rechazando su historia*. Preferimos nuestras propias esperanzas a la verdad" (p. 359).

James Valender

## LAS FUENTES DE CARPENTIER

*Pasos hallados en El reino de este mundo* es un libro verdaderamente legible; la autora, Emma Susana Speratti Piñero, ya había mostrado hace años que Valle Inclán aprovechó algunos elementos de varias crónicas de la rebelión de Lope de Aguirre y de un cuento del Dr. Atl en su *Tirano Banderas*<sup>1</sup>, y ahora publica un conjunto de anotaciones parecidas a la novela de Carpentier. Este declaró en el famoso prólogo de esa obra que "el relato (...) ha sido establecido sobre una documentación extremadamente rigurosa que no sola-

mente respeta la verdad de los acontecimientos, los nombres de los personajes —incluso secundarios—, de lugares y hasta de calles, sino que oculta, bajo su aparente intemporalidad, un minucioso cotejo de fechas y de cronologías". Y la profesora Speratti asegura que "si se quiere tener una noción cabal de la estructura de *El reino* y del modo de trabajar de Carpentier, es imprescindible entregarse a la nada fácil tarea de penetrar la selva bibliográfica consultada y utilizada por él". De acuerdo con esto, la búsqueda de fuentes es sólo un medio para comprender una obra y nunca un fin en sí misma. Por eso el autor de un trabajo de esta naturaleza no sólo tiene que averiguar qué información se maneja en una obra —los hechos históricos o de cualquier otro tipo—, sino también la manera en que se maneja esa información y el papel que así desempeña en la obra.

La profesora Speratti nos dice, por ejemplo, que los historiadores coinciden en que, "antes de suicidarse, Henri Christophe pidió agua para lavarse y un ropaje blanco con el que intentaba simbolizar su inocencia y buenas intenciones", así como que Carpentier "abandona el simple lavado con agua y la vestimenta blanca en favor de *ropa limpia y perfumes*, para luego presentarnos al monarca vistiendo *su más rico traje de ceremonia*, terciándose *la ancha cinta bicolor*, emblema de su investidura y anudándose sobre la empuñadura de la espada", de modo que no permitió que el tirano se le ablandara y por el contrario "acentuó en él hasta el final la egolatría y la petulancia del dictador nato".

Además, la profesora Speratti sostiene que "nada de lo que aparece en el relato es gratuito, especialmente lo mencionado como de pasada", pues, por ejemplo, la afirmación de que Mackandal podía transformarse "hasta en cocuyo de grandes luces" está relacionada con la creencia de los haitianos de que "los insectos fosforescentes son sobrenaturales y los malos espíritus se revisten de ellos cuando quieren satisfacer su sed de sangre" y así el *hasta* no es un término vacío, pues significa que Mackandal domina también los procedimientos de la magia malévol. Además, esta aclaración ilumina otro pasaje de la novela, ya que durante la irrupción de los rebeldes en Sans Souci rea-

<sup>1</sup> La elaboración artística en *Tirano Banderas*.

▲ Emma Speratti Piñero: *Pasos hallados en El reino de este mundo*. El Colegio de México, México, 1982.